

Luis Alberto Mansilla

## Hernán Ramírez Necochea



Cuando Hernán Ramírez Necochea murió en París hace diez años, la colonia chilena de exiliados le rindió homenajes unánimes. Era una de sus figuras más ilustres y uno de los hombres más queridos de verdad. No faltaba jamás a ningún mitin o velada en la que se denunciara lo que ocurría en Chile. Allí estaba con los otros en el Boulevard de la Tour Maubourg frente a la embajada hermética y vigilada preguntando a coro ¿dónde están los desaparecidos? No era un académico acartonado ni uno de esos terribles teóricos de izquierda. Se le conocía como un hombre sabio, como el que más rompía algunos esquemas. Vestía con la pulcritud de un caballero tradicional y se caracterizaba por un cordial serenidad y por un respeto sin paternalismo a cualquier ser humano. Vivía en un tercer piso de un viejo edificio de la rue Lowendal en dos habitaciones estrechas a pocos metros de la sede de la Unesco. Desplegaba sus papeles en la mesa que también servía por las tardes para las comidas con los amigos. Su guarda cuidadosa era su mujer, Matilde Aguirre, que cuidaba de su trabajo y de sus sencillas necesidades domésticas. No le deslumbraba el magnífico París. Más bien le acompañaba una tristeza de desterrado que le hacía andar con Chile a cuestas en todo momento. Estaba atento a las noticias y le preocupaban hasta quitarle el sueño los

acontecimientos casi siempre trágicos o lamentables que nutrían la crónica de una dictadura de ultraderecha con hidrofobia hacia la izquierda y que lo empujó al exilio, una experiencia que jamás imaginó vivir.

Más allá de las circunstancias de entonces, encontrarse con Hernán Ramírez en la rue de Lowendal era resucitar en París a O'Higgins, Balmaceda o Recabarren. O a los viejos universitarios chilenos en la tradición de Andrés Bello y obligados al silencio o la emigración. También sus visitantes hacían con él la crítica de la izquierda chilena; a sus falsos esquemas o su retraso teórico. A veces, la conversación se extendía con humor hacia detalles sabrosos de algunas situaciones o personajes. Las horas pasaban como por encanto y después teníamos que correr hacia el Metro que terminaba implacable sus recorridos a la una de la madrugada.

Detrás de ese profesor desterrado había una existencia honrosa. Fue el último de los decanos de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile elegido democráticamente. Era —y es— uno de los historiadores más serios, documentados y rigurosos de cuantos se han dedicado en Chile a esa disciplina. Usando el marxismo como método, desentrañó las claves más indiscutibles de una buena parte de la historia del país. Así demostró en su libro *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile* que la emancipación de la monarquía española no fue un hecho casual, sino una inevitable consecuencia del crecimiento nacional. Luego desmitificó la llamada gue-

rra civil contra Balmaceda y la calificó como “contrarrevolución”. Fueron los intereses del capitalismo inglés los que derribaron a Balmaceda y los que financiaron los odios de una jauría derechista parlamentaria. Después Ramírez se ocupó de la historia del movimiento obrero y de la historia del imperialismo en Chile. Al morir, trabajaba en un análisis del origen, el carácter y la trayectoria de las FF. AA., un tema tabú que pocos han enfrentado.

Fue un hombre de jerarquía auténtica, que unió sus ideas a la acción y que no le hizo concesiones jamás al dogmatismo o al embellecimiento novelesco de la historia tal como fue. Iluminó las verdades escondidas y el papel que el pueblo chileno ha jugado en el devenir. La mayoría de los otros historiadores sólo usaron a los que viven de su trabajo mal pagado, como una especie de corodena ópera protagonizada por señores. Ramírez Necochea emprendió una tarea intelectual diferente: rescató al pueblo del olvido y le devolvió su condición de motor de la historia pasada y presente.

Su obra y acción no serán devoradas por el tiempo. Murió diciendo que era necesario poner el reloj a la hora de Chile y no de las teorías y las lecturas inertes de los revolucionarios clásicos. La realidad poco tiene que ver con los sueños o la poesía épica. Y Hernán Ramírez Necochea hizo contribuciones trascendentes a su descubrimiento y a su transformación. Por eso, sus libros —que ojalá leyeran los jóvenes— no pierden sentido ni verdad. Son permanentes.